LIBRO PRIMERO

EL PROFESOR Elías C., a quien se le había enmarañado su explicación del concepto aristotélico de virtud, explicación que sin embargo sus alumnos fingían atender por desidia o por cortesía no desprovista de indiferencia, dio por concluida la clase tan pronto sonó el timbre. Era la última clase del día y la veintena escasa de alumnos se apresuró a recoger carpetas y mochilas y a desvanecerse entre palabras ininteligibles. Pronto quedó a solas y pudo ordenar con calma sus papeles. No olvidó anotar en un cuadernillo el punto en que se había interrumpido su lección y al colocarlo todo en su cartera recordó que debía apresurarse. El aula se hallaba en la segunda planta del pabellón más alejado del complejo escolar. Había que cerrar, bajar las escaleras y entregar la llave al conserje, quien invariablemente lo aguardaba en el vestíbulo desierto. Tras despedirse, y no sin antes percibir en las palabras habituales del conserje un tono deliberadamente oscurecido cuyo verdadero significado nunca acertaba a

sorprender, salió del pabellón y, con urgencia, se apresó a bajar las escaleras que daban a una terraza desde la que descendía un nuevo tramo de escaleras. Rodeó el módulo de talleres y al doblar la esquina comprobó aliviado que no habían cerrado la puerta de acceso al edificio principal. Con todo, aún restaba medio centenar de metros pero le era posible avisar, en caso necesario, de su presencia rezagada. “Como un buque”, solía pensar en este punto. “Como un buque que naufraga. Así abandonan las ratas el barco que se hunde ya sin remedio”. Y a continuación se arrepentía de sus palabras, como si alguien las hubiera oído y debiera ensayar una disculpa. La metáfora de las ratas, aplicada a sus alumnos, era cuando menos, y sin que pudiera decirse por la palabra justa, inapropiada o inmerecida. Pero cuando destinaba la metáfora a sus colegas un inequívoco silencio se atrincheraba en su mente. Percibía cómo cierta deriva involuntaria se adueñaba del curso de sus pensamientos, que se adentraban en regiones más elevadas desde las que era posible contemplar cómo el naufragio se degradaba, transformándose en un episodio insignificante, cuya óptica volvía invisibles las ratas y reducía despiadadamente el barco a un punto inapreciable en la vastedad del océano. El profesor temió la deriva de sus pensamientos y, al llegar al edificio principal, tras cruzar un puentecillo que desembocaba en el portal, reunió, como un pastor prudente, los rebaños dispersos.

Una galería condujo sus pasos hasta las escaleras, que bajó sin prisas, peldaño a peldaño, sometién-dose de buen grado a la disciplina de alternar obedientes las piernas, porque tal vez, pensó, no es posible otra cosa, es vano resistirse a la función de unas escaleras, es for-zoso una vez en ellas aceptar el juego que imponen y dejarse hacer, y escuchar con indolencia embelesada el traqueteo de los pasos, que se reconocen propios pero a la vez ajenos, y a la vez acompasados con tris-teza de rutinas que no cabe evitar, porque detenerse aquí, pensaba, es absurdo, un absurdo no menor que el de la docilidad indetenible de las piernas. Nadie pudo observar al profesor Elías C. dirigirse a la salida a tra-vés del largo corredor sombrío. El conserje auxiliar debía de hallarse cerrando algún aula remota que por descuido algún profesor habría dejado abierta. De modo que a Elías C. se le concedió abandonar el edi-ficio sin cruzarse con nadie. Mientras bajaba la escali-nata, reconfortado por el intenso baño de luz, no quiso negarse el placer de inspirar el aire del mediodía. Con ánimo entero desembocó en la calle, donde algunos alumnos, que no evitaron saludarlo, formaban aún corrillos que se deshacían a su paso.

El profesor Elías C. bajó por la calle hasta alcanzar la travesía del pueblo, que cruzó para tomar el viejo camino vecinal. Elías C. vivía a las afueras del pueblo, en una modesta casa de campo. A diario recorría a pie el millar de metros que lo separaba del instituto. Al

principio, cuando cinco años antes había tomado posesión de su plaza, la tarea de dirigirse a pie a su trabajo se le impuso como una carga grave, especialmente a la ida, a causa del desnivel del camino, que lo forzaba a hacer frecuentes altos y a ensayar una suerte de marcha zigzagueante. El camino de regreso, en apariencia menos penoso, no estaba tampoco exento de incomodidades, pues las rodillas y los muslos se resentían con el trabajo de refrenar el paso. Sin embargo, en cuanto pudo habituarse, halló en aquel camino una fuente insospechada de placeres y descubrimientos.

El profesor Elías C. vivía solo y por las tardes, cuando la corrección de ejercicios no lo impedía, se dedicaba a sus obligaciones domésticas y al cuidado de su jardín. Desde joven cultivaba la literatura y a sus treinta y cinco años, sin haber escrito aún una sola obra de mérito, combatía a diario sus fantasmas sometiendo a una disciplina en la que ahogaba los estertores de una fe casi perdida. Cada día se levantaba a las cuatro y media de la madrugada y durante tres horas se afanaba en pergeñar sus ideas y coleccionar anotaciones en cuadernos de los que rara vez surgía algún texto aceptable, destinado invariablemente a sucumbir al destino de reescrituras y correcciones infinitas. Cuando, al amanecer, se dirigía al instituto, el camino tenía la virtud de ofrecerse, las contadas ocasiones en que se recreaba con satisfacción en alguna línea escrita en las horas previas, como una vía ascética, un purgatorio de

la vanidad. Lo común era, sin embargo, sorprenderle en el camino masticando el amargo pan del fracaso. La dificultad del camino lo volvía humilde y aceptaba resignado el esfuerzo físico de subir la cuesta como una lección que invitaba a no detenerse, a perseverar en el seno de la desesperanza. El camino de regreso, por el contrario, lo predisponía a la reflexión. Elías C., tras concluir su jornada de trabajo, extenuado por el tedio de una rutina raras veces edificante, caminaba con el aire distraído de quien se abandona a sus pensamientos y permite que se deshagan y concierten sin orden. Al profesor le eran especialmente gratos esos momentos de abandono en que percibía cómo su cuerpo se desplazaba sin resistencia mientras las piernas hacían su oficio con regularidad mecánica. Esa autonomía del cuerpo concedía el placer de ver, la fiesta sensitiva de ver la piel del mundo; también, el gozo de contemplar el discurrir de sus ideas en diálogo con las imágenes que sus ojos le ofrecían a cada paso. Y esas imágenes lo remitían con una frecuencia cada vez mayor a su vida pasada, le sugerían pensamientos que evaluaban sus pasos, no los físicos, los que le acercaban de regreso a casa, sino aquellos que había dado en la vida hasta llegar a ese *mezzo del cammin* en que todo hombre se impone a sí mismo la tarea de juzgarse.

EL ANTIGUO camino vecinal, al que se accede desde la travesía descendiendo un tramo de escaleras de pel-

daños toscos, discurre asfixiado entre casas no menos vulgares. Es posible que tras alguna puerta se asome, cuando el caminante ha descuidado ensordecen sus pasos, la previsible sombra de una cabeza que cabe saludar sin entusiasmo, casi por descuido, al dictado de una regla de cortesía no escrita, gratuita y elemental, que, por razones inescrutables, podrá no ser correspondida.

Algunos metros más abajo, el camino respira aliviado. Las casas se dispersan y las huertas se adueñan del paisaje. El camino no es muy ancho, apenas permite el paso de dos personas cogidas estrechamente del brazo. Es un camino trazado para las idas y venidas de los campesinos y sus bestias de carga. El empedrado se conserva intacto en algunos trechos; en muchos otros se aprecian las huellas de un deterioro que alguna mano poco escrupulosa ha reparado con cemento. A Elías C. le disgustan estos arreglos. Observa en ellos la mezquindad, el atropello de la fealdad deliberada. No puede evitar que sus ojos se demoren, ofendidos, con fatalidad inexplicable, en esos remiendos groseros que se le imponen a cada paso.

La irregularidad del empedrado hace difícil desviar la mirada de los pies. Elevar los ojos para contemplar las huertas, el vuelo de un cernícalo o el azul del mar lo obligaría a detener su marcha. Por experiencia sabe que un espíritu contemplativo se aviene mal con los pies cuando se transita por caminos irregulares. Algún